



*Piedras mensajeras*, libro nº 746, 1999. Aguada y estampación digital; caja con líquen y musgo, cuarzo y plumas, 40 x 60 x 5

## MAGIA Y ENIGMAS DE M. ANGEL BLANCO

Galería María Martín. Pelayo, 52. Galería La Caja Negra. Fernando VI, 17. Madrid. Hasta el 3 de junio. De 100.000 a 800.000 pesetas

La serie de libros maravillosos de la *Biblioteca del Bosque*, la obra singular de Miguel Ángel Blanco (Madrid, 1958), sigue creciendo (se aproxima ya a los ochocientos “volúmenes”) y cuestionando vivamente su propia condición, así como la índole estética de las tendencias, ahora al alza, establecidas sobre relaciones del arte y la naturaleza. En efecto, ¿cómo entender y calificar estos libros que combinan dibujos, aurografías, pintura, grabado, tintes, contactos de agua, fotografía, encuadernación librería y ensamblaje escultórico con cajas en las que se disponen composiciones de materias naturales: musgos, líquenes, semillas, frutos, ramas, acículas de coníferas, cortezas de árbol, piedras, polvo de mica, cenizas, plumas, vellones de lana, piel de zorro, cuerno de carnero, algún insecto, cera y resina? ¿Se pueden incluir estos libros-caja en las poéticas de arte-naturaleza? ¿Qué suponen estas prácticas: una correlación o una oposición entre naturaleza y cultura?

Es posible que la apasionante dialéctica que plantean los libros de Miguel Ángel Blanco tenga su raíz en la eficacia asombrosa de su saber mezclar naturaleza y artificio, recurriendo, además, a un repertorio material de elementos naturales seleccionados precisamente por su belleza y expresión estética intrínsecas. A ese respecto, como a tantos otros referentes a los dominios del *land-art*, *earthworks* y arte-naturaleza, puede aportar luz el planteamiento kantiano de que “la na-

**Ésta es una obra realizada con instinto, con poder artístico-emocional, sobre vivencias de la naturaleza más próxima, y sobre la confianza en las fuerzas naturales del propio hombre**

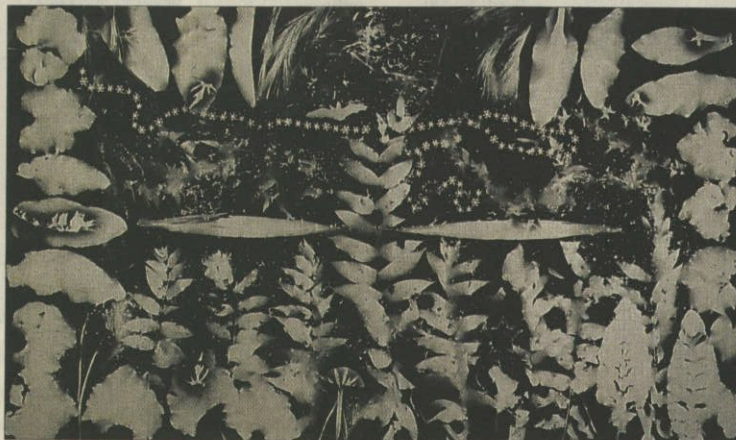
turaleza será bella en la medida en que mantenga la apariencia de arte; y el arte, a su vez, no se considerará como algo bello a no ser que, siendo conscientes de que se trata de arte, se nos muestre sin embargo como naturaleza”.

En esa dirección, la lectura de la obra de Miguel Ángel Blanco habría que iniciarla desde la reflexión crítica que, a favor de “la estética natural”, nos proponía recientemente Román de la Calle, apoyándose sobre presupuestos de Mikel Dufrenne y manteniendo que, en estas tendencias, “estrictamente, no se trata ya, pues, de representar las cosas naturales, lo naturalizado (natura na-

turata), sino, más bien, de imitar los procesos de la propia naturaleza. Se trataría de producir objetos que —teniendo su principio en la poética humana— manifiesten el mismo poder de existencia que representan los objetos naturales, los cuales tienen su principio (su ‘necesidad intrínseca’ diría Kandinsky) en ellos mismos y, en tal sentido, son capaces de testimoniar la poética de la naturaleza”. Siguiendo por este camino, la obra de Miguel Ángel Blanco no trata ya tanto de introducirse y de introducir al espectador en la realidad y presencia fuerte de la naturaleza —en especial, los parajes naturales del bosque madrileño pró-

ximo a Cercedilla y de la aldea gallega de Brión, que vive y conoce—, sino que ahora amplía su condición y nos conduce un mundo “otro”, mágico y lleno de enigmas.

Magia (fe en las asociaciones legendarias de los lugares), enigma (sin renunciar al universo de las plantas prohibidas y de las hierbas de meigas) y pensamiento puro; y también luces y brillos radiantes, en contraste con sombras muy intensas, del negro más profundo (por eso muchos de sus dibujos, pinturas y grabados “dan” una imagen casi fotográfica); espacio construido de marañas vegetales y de silencio (el silencio del bosque, poblado de murmullos, citas y sonos imperceptibles), a partir de una obra realizada con instinto, con poder artístico-emocional, sobre vivencias de la naturaleza más próxima, autobiográfica, y sobre la confianza en las fuerzas naturales del propio hombre, sin renunciar al poder de los signos (la perfección de la insistente forma circular, impuesta sobre el caos), inclusive asumiendo el artista alguna función de hierofante. Y con ello, algunas citas minimal y conceptualistas, insistiendo en que las manifestaciones artísticas de hoy, por diferentes que parezcan entre sí, resultan mantener relaciones intelectuales consistentes, sin olvidar la “paradoja del arte conceptual” (Kosuth), por la que se puede encarnar en cualquier forma que el artista decida adoptar, sin excluir las relativamente convencionales.



*Sin título*, 2000. Esmalte sobre lino, 195 x 114

José MARÍN-MEDINA